El “Aña”

Hace algunos años conocí a don Martín, él era leñador y regador de cultivos de una empresa azucarera de la zona.

Yo acostumbraba a ir al canal de riego a pescar y a refrescarme, y observaba como algunos pescadores baqueanos sacaban mojarras y bagres. Era común entablar diálogos con ellos a cerca de anécdotas e historias de la gente de la región.

Don Martín vivía en un lugar alejado, él era un hombre mayor, un poco esquivo a las conversaciones, pero tenía una gran sabiduría y en su mente albergaba muchas historias de miedo, las cuales me las contó una tarde-noche entorno a una gran fogata de eucaliptos y sauces, compartiendo unos mates.

La historia de don Martín comienza cuando él era muy joven, él ayudaba a su tío Pedro en una pequeña parcela de choclos y porotos que tenían a unos cuantos kilómetros del poblado, era cotidiano que después de trabajar la tierra y cosechar algunos productos de la chacra y embolsar el poroto, cortaran leña para llevar a su casa para emplearla como combustible en la cocción de alimentos y para encender el horno de barro.

Su tío conservaba un viejo Renaul 12 de color rojo, con la chapa picada por la humedad, pero tenía un buen andar, al mismo le adherían un carro a tiro para transportar la leña, recorrían un camino enripiado y ondulado que hacía que el auto repicara en su marcha, provocando que sea un poco lento.

Ya cayendo la oración, junto a Pedro ubicaron las últimas ramas de arbustos secos para luego comenzar el camino de vuelta. El cielo estaba despejado con el brillo insinuante de una luna llena, los faros del auto, ya casi agotados, apenas alumbraban unos metros, pero la claridad de la luna en su naciente dibujaba las más diversas siluetas de la naturaleza.

En cierto punto del camino, su tío se detuvo porque se dio cuenta que un árbol de gran porte obstruía el paso, solo había un modo de sortear la situación, y era por un sendero de vacunos colmado de malezas y suelo irregular productos de las huellas de los animales. Pedro dio de reversa para ingresar por esa senda, al llegar, nuevamente se detuvo, respiró hondo, tocó el rosario que colgaba en el espejo retrovisor interior y se persignó, él quedó extrañado porque

nunca había visto el gesto de preocupación de su tío, trató de no pensar en eso, se acomodó en el asiento para dormitar en lo que duraría el viaje.

Pedro iba muy pendiente del camino y de ratos aceleraba el viejo auto, al pasar por el borde de un abrevadero algo golpeo muy fuerte el baúl del auto, su tío acelero a fondo, él se incorporó de inmediato, _¿qué pasa tío? preguntó asustado, ¡no pasa nada ¡, sujétate fuerte me respondió, en eso él se sintió observado y un inmenso frió recorrió por todo su cuerpo, miró a su tío, pero este solo conducía con el ceño fruncido y sin pestañar, de pronto algo golpeo nuevamente la parte de atarás del auto, quise darme vuelta para ver qué es lo que ocurría pero Pedro le dice gritando,_ ¡no mires para atrás, fija tu mirada hacia adelante!, no quites la vistas de las huellas. La sensación de que algo llevaban atrás hizo que su corazón se acelerara, como si quisiera salirse de su cuerpo, de reojo vio como el sudor comenzó a recorrer por las manos de su tío, las cuales resbalaban del volante, no podía hablar, solo escuchaba como bramaba el viejo motor del auto. Por el retrovisor asome mi mirada y pudo ver una enorme sombra amorfa en el tiro del carro,_ ¡te dije que no miraras, vuelve tu vista al frente!, le dijo Pedro, y él entre dientes comenzó a rezar velozmente, mientras decía sus plegarias nuevamente algo golpeo fuerte, pero esta vez en el techo del auto, era como si algo con los puños intentaba romper la chapa del vehículo. De repente una mano humanoide apareció en la parte superior del parabrisas, pedro dijo,_ ¡agáchate!. Le hizo caso y acurrucado en el piso del auto comenzó a llorar, quería que ya llegaran a casa y dejar de vivir esa tremenda pesadilla, el rostro de tío era de terror, su piel exudaba frío y sus ojos estaban al borde del llanto.

Posteriormente al lapso de angustia y pánico el auto comenzó a disminuir la velocidad hasta detenerse, luego de ir escondido en fondo del auto, él asomó la cabeza al camino y observo que estaban en el enlace principal, justo en frente de la Cruz Mayor. Su tío estaba respirando en forma acelerada con la frente apoyada al volante, giro hacia él, con su mano palmoteo su espalda y le dijo:_ ya paso todo estamos a salvo, pero de esto no le cuentes nada a tu tía y a tu madre, no quiero preocuparlas,_ ¡sí tío! respondió,_ ¿pero qué es lo traíamos afuera del auto?. ¿Eso?... eso era el “Aña”, si hubieses visto su rostro, la sangre te habría brotado por los poros tratando de robarte el alma, respondió Pedro. Él tembloroso quedo perplejo por un instante volviendo en sí con el abrazo de su tío.

Al llegar a casa notó que el carro estaba vacío, no había nada, toda la leña, unos pocos choclos y unas bolsas de porotos las habían perdido en el camino y pudo ver las abolladuras de la chapa del auto, lo que le provocó escalofríos y confirmaba que el “Aña” los había perseguido.

Esa noche él no pudo dormir, su tío salió al porche, prendió una vela en la entrada de la casa y se sentó en una reposera mientras balbuceaba una oración, y recordó a un regador que había conocido en un tiempo atrás, ese hombre se llamaba Miguel y tendría unos 20 y tantos años, cuando lo vio, su cabello estaba blanco, su rostro estaba cubierto por manchas oscuras como si fueran quemaduras y sus manos cubiertas por cicatrices alargadas, fue en ese instante que relacionó su experiencia con la del joven.

Los lugareños decían que a Miguel se le apareció el “Aña” una noche en la que hacía su trabajo en los cañaverales, el vio su rostro y huyo para que no se llevara su alma, salvándose porque se sumergió en las aguas del canal de riego.

*Aña: Deidad maligna Guaraní

Leyla Montero

Categoría: Sub 18

Urundel

SALTA